

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús
Manifestación «Zeale for America», una celebración patriótica de la fe y la patria
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
12 de junio de 2026

Dt 7, 6-11
Sal 103, 1-2. 3-4. 6-7. 8. 10
1 Jn 4, 7-16
Mt 11, 25-30

Homilía

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

¡Qué apropiado es que, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, ofrezcamos nuestro solemne acto de acción de gracias a Dios todopoderoso por sus muchas bendiciones sobre nuestra nación desde el día de la firma de la Declaración de Independencia, hace 250 años, hasta hoy! ¡Qué providencial es que, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, consagremos nuestra patria al Sagrado Corazón y realicemos el acto de reparación por la indiferencia y la ofensa con las que tan a menudo hemos respondido, en nuestra nación, al amor del Sagrado Corazón!

El glorioso y traspasado Corazón de Jesús es el signo más poderoso del misterio del amor inconmensurable e incesante de Dios hacia nosotros, primero en nuestra familia y luego en nuestra patria. Moisés dijo al Pueblo Elegido que eran totalmente especiales para el Señor, no por ninguna grandeza propia, sino, en sus propias palabras, «por cuanto el Señor os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres...».¹

La profundidad insondable del amor de Dios Padre por nosotros nos ha sido plenamente revelada con el envío de su Hijo unigénito en nuestra carne humana. Por el amor puro y desinteresado de Dios Padre, Dios Hijo se hizo hombre para salvarnos de nuestros pecados y de sus frutos mortales, y para hacer de nuestros corazones la morada de Dios Espíritu Santo. El Corazón de Jesús, sentado a la diestra de Dios Padre en la gloria, nunca deja de latir con amor por nosotros, atrayendo todos los corazones, unidos al Inmaculado Corazón de su Virgen Madre, hacia su Corazón, y derramando desde su Corazón en nuestros corazones, sin medida, el séptuple don

¹ Dt 7, 8.

del Espíritu Santo. Como ciudadanos de nuestra nación, nos dedicamos a comunicar el amor del Corazón de Jesús en nuestras familias y en nuestra patria, para que Cristo reine en todos los corazones desde Su glorioso Corazón traspasado. Descansando nuestros corazones en el Sagrado Corazón de Jesús, nos dedicamos al servicio de la verdad y la justicia, que es la condición insustituible de la libertad —«Vida, Libertad y la Búsqueda de la Felicidad»² — que busca la Declaración de Independencia. María Inmaculada, bajo cuyo corazón Dios Hijo tomó un corazón humano por la sombra del Espíritu Santo, la Patrona de los Estados Unidos de América, que es Nuestra Señora de Guadalupe, Emperatriz de todas las Américas, nos lleva a entregar nuestros corazones por completo, unidos al suyo, al Corazón de su Divino Hijo. Ella nos lleva a Nuestro Señor, como llevó a los mayordomos de la boda de Caná, y nos instruye: «Haced lo que él os diga».³

Nuestro Señor Jesucristo, Dios Hijo encarnado, ha manifestado en cada una de sus palabras y obras el amor de Dios Padre por los hombres, sin límites, y, de manera especial, por aquellos que están agobiados de alguna manera, por aquellos que, a los ojos del mundo, son «los hermanos más pequeños».⁴ Ese amor tuvo su expresión más elocuente en la palabra que pronunció, mientras moría en la Cruz, para expresar su amor totalmente compasivo: «Tengo sed».⁵ Íntimamente unida a su palabra está la perforación de su costado y su corazón sagrados por el centurión romano. De su corazón glorioso y traspasado brotaron sangre y agua, señal del derramamiento inconmensurable e incesante del don séptuple del Espíritu Santo en nuestras almas. Como declara San Juan, el apóstol y evangelista:

Así conocemos y creemos el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él.⁶

Es la fe en Dios y en su amor por nosotros lo que ha inspirado a los católicos devotos a amar a su patria y a servir al bien común de la nación con gran sacrificio, incluso con el sacrificio de sus vidas, durante los últimos 250 años.

² «La Declaración de Independencia: Resolución del Segundo Congreso Continental, 4 de julio de 1776», en *La Constitución de los Estados Unidos con la Declaración de Independencia y los Artículos de la Confederación* (Nueva York: Barnes and Noble Books, 2002), p. 81.

³ Jn 2, 5.

⁴ Mt 25, 40.

⁵ Jn 19, 28.

⁶ 1 Jn 4, 16.

Al contemplar la imagen del Corazón traspasado de Jesús, leemos en sus ojos su sed de almas, su invitación a acudir a Él, a entregarle nuestros corazones por completo, a depositar nuestros corazones pobres, dudosos y temerosos en su glorioso Corazón traspasado:

Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os daré descanso.
Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera.⁷

Nuestro Señor Jesucristo nos invita a acercarnos a Él a través de la imagen de su Corazón divino y humano —atravesado por la lanza del centurión, coronado de espinas, siempre ardiente de amor por nosotros—. Él nos mira con amor, atrayéndonos a amarlo, a cambio, con todo nuestro corazón. Mira con afecto a los ciudadanos comprometidos de nuestra patria, pues conoce el servicio oculto - y a veces poco apreciado - que el ejercicio de la virtud del patriotismo exige para salvaguardar los bienes más sagrados de la nación y rectificar las injusticias, de modo que su verdad y su amor puedan resplandecer para el bien de todos en la Iglesia y en el mundo.

A través de la fe y de la gracia del Bautismo y la Confirmación, experimentamos el amor fiel de Dios nuestro Padre por nosotros en su Hijo unigénito, quien nos invita a ser uno en corazón con Él, a compartir su misma Vida que nos es dada en la Iglesia en la que Él habita mediante la efusión del Espíritu Santo en nuestras almas. En la Santa Misa, recibimos, del glorioso y traspasado Corazón de Jesús, el don más perfecto del amor de Dios: el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de su Hijo. En la Sagrada Eucaristía, nuestro Señor Jesucristo viene a nuestro medio; el Cielo desciende a la tierra, para hacernos sacramentalmente presente el derramamiento total de la vida de Cristo por nosotros en el Calvario. En la unión de nuestros corazones con el Sagrado Corazón de Jesús, que alcanza su perfección en el Santo Sacrificio de la Misa, nuestros corazones son purificados y fortalecidos con el Amor Divino —el don séptuple del Espíritu Santo—, para que podamos tomar, con nuestro Señor Jesucristo, el yugo del Amor Divino para todos los hombres, sin límites. Con la ayuda de la gracia divina, que se derrama incommensurable e incesantemente desde el Corazón de Jesús en nuestros corazones, la «carga» de nuestra misión de amor puro y desinteresado, que parece tan formidable y, a veces, incluso imposible, se vuelve posible. Se vuelve, de hecho, «ligera».⁸ No hay mayor regalo que podamos dar a nuestra familia y

⁷ Mt 11, 28-30.

⁸ Mt 11, 30.

a nuestra patria que el regalo de nuestro corazón, unido al Inmaculado Corazón de la Virgen Madre de Dios, al Sagrado Corazón de Jesús.

Cristo nos invita, como ciudadanos fieles y agradecidos, a entregar nuestros corazones — unidos al Inmaculado Corazón de María— por completo a su glorioso Corazón traspasado, para que derramen el amor puro y desinteresado de Cristo sobre nuestra nación, de modo que nuestros corazones se conviertan en «ríos de agua viva» para nuestros hermanos y hermanas. La consagración de nuestra nación al Sagrado Corazón de Jesús será tanto más eficaz cuanto más se entronice la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y se consagre la imagen del Inmaculado Corazón de María en nuestros hogares, pidiendo a Cristo Rey que reine sobre cada corazón en cada hogar. Si aún no han entronizado la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en su hogar, junto con la consagración de la imagen del Inmaculado Corazón de María, los invito a obtener una copia de mi libro, *La virtud del patriotismo*,⁹ publicado por el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe aquí, en el que se encuentran las oraciones de preparación y la ceremonia para la entronización.

Nuestra manifestación de amor desde el Corazón de Jesús en nuestra familia y en la nación dará su mayor fruto en la entrega de los corazones, unidos al Inmaculado Corazón de María, a Cristo Rey para que Él reine en todos los corazones. Al descansar nuestros corazones, junto con el Inmaculado Corazón de María, en el Sagrado Corazón de Jesús, seremos purificados y fortalecidos para servir a la verdad y a su fruto, la libertad, en nuestra nación, un servicio que, aunque formidable y a veces aparentemente imposible, se vuelve posible, porque Cristo, que es todo justicia y amor, lleva con nosotros toda la carga de nuestro servicio.

Al tener hoy la bendición de hacer la consagración de nuestra patria al Sagrado Corazón, recemos también por *Zeale for America 250*, una obra de *CatholicVote*, y por sus patrocinadores, para que el Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión del Inmaculado Corazón de María, haga fieles y fructíferas todas sus iniciativas para la santificación de nuestra nación. Que los frutos de la Santa Misa de hoy se manifiesten, de manera especial, en la Concentración de Oración de mañana por nuestra patria.

Elevemos ahora nuestros corazones, unidos al Inmaculado Corazón de María, al glorioso y traspasado Corazón de Jesús, abierto para nosotros en el Sacrificio Eucarístico. Con el Inmaculado Corazón de María, que nuestros corazones pertenezcan totalmente a Nuestro Señor

⁹ Cf. Cardenal Raymond Leo Burke, *La virtud del patriotismo*, Edición especial del Jubileo (La Crosse, WI: Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, 2026).

Jesús, para que Él los purifique, sane y fortalezca con Su verdad y amor. Al unir nuestros corazones al Sagrado Corazón de Jesús en el Sacrificio Eucarístico, pidamos la bendición de Dios, por intercesión del Inmaculado Corazón de María, sobre nuestra nación y sus ciudadanos. Oremos, de manera especial, para que el tiempo santo que Dios nos ha concedido para estar juntos hoy y mañana nos fortalezca en la mansedumbre y la humildad del Sagrado Corazón de Jesús para el servicio de todos nuestros hermanos y hermanas en la verdad y el amor.

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Cardenal Raymond Leo BURKE